



y helos, a los dos, después, a la luz  
de la zarzaparrilla,  
enteramente, al punto, de novia...  
Y henos a nosotros preguntándonos si  
no viene de luciérnagas, también, la poesía, cuando la  
oscuridad  
nos va ciñendo, igualmente, el nudo  
del llanto...  
y si en la "transmutación", acaso, a nuestra alma no le  
baja o le revela  
lo que la asiste  
desde el éter o de ella misma,  
y que le redescubre, ojeándole, aún, espectralmente,  
las proximidades del  
hechizo  
en la ronda que emite:  
que le redescubre  
las huellas de su "compromiso" con el ser  
que no tiene límites  
pero que la incluye al definirse a su nivel y espera "aquí",  
junto a su portillo  
a que ella  
de espaldas a las sirenas,  
ocurra a darle el brazo, en seguida,  
para asumir esos silencios siempre por cerrar, ay, sobre sí,  
el de debajo la onda...  
y ello antes del salto, está dicho...  
hasta que, bajo un sereno de pestañas, empiecen a sentir  
que como a los cardos, desde la  
raíz  
del azul,  
les sube el amanecer...  
y hasta que en éste los timbres, contrapuntísticamente, les  
deslían  
el del infinito mismo,  
y les mojen la inmigración, todavía,  
de unas vidalitas...  
en el retorno a la voz de los encuentros en la orilla  
del tiempo, de los hijos  
del tiempo, que el tiempo, furtivamente, le libra...  
pero de todos los hijos...  
y de todo, en fin...